

VER:

A veces no caemos en la cuenta de algunas cosas, de lo que hacemos, de algunos aspectos de las personas o de la realidad que nos rodea... Nos centramos en lo nuestro, en lo que nos afecta directamente, y damos tan por supuestas algunas cosas que no las valoramos lo suficiente, y mucho menos las agradecemos. A veces tenemos que perder algo o a alguien para caer en la cuenta de lo que significaba para nosotros; otras veces, al sufrir las consecuencias de no haberlo valorado o agradecido es cuando caemos en la cuenta; y otras veces es alguien quien nos ayuda a caer en la cuenta de eso que se nos escapa, antes de que lo perdamos por nuestro despiste o dejadez.

JUZGAR:

La Palabra de Dios de este domingo nos ha presentado dos casos de personas que no caen en la cuenta de lo que están haciendo o diciendo. En la 1ª lectura, el rey David había matado a espada a Urías, el hitita, para quedarse con su mujer. Y Dios envía al profeta Natán para que le haga caer en la cuenta de lo que Dios le había dado y lo que él ha hecho: *¡Eres tú! Así dice el Señor... Yo te unguí rey de Israel... te entregué la casa de Israel y la de Judá.* Y le hace una pregunta directa: *¿Por qué has despreciado tú la palabra del Señor, haciendo lo que a él le parece mal?*

En el Evangelio, un fariseo invita a Jesús a comer, y cuando *una mujer de la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino con un frasco de perfume,* el fariseo piensa despectivamente que Jesús no ha caído en la cuenta de quién es esa mujer: *Si éste fuera profeta, sabría quién es esta mujer que le está tocando y lo que es: una pecadora.* Pero es el fariseo, en su engreimiento, el que no ha caído en la cuenta de lo que en realidad significa lo que hace la mujer; y es el propio Jesús el que, con delicadeza pero con total claridad, le hace caer en la cuenta. Primero, con la parábola de *un prestamista que tenía dos deudores,* y después con una serie de comparaciones entre el comportamiento del fariseo y el de la mujer pecadora: *Tú no... ella, en cambio...* Hasta que le dice claramente: *Por eso te digo: sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor.*

Hoy Jesús nos hace caer en la cuenta a todos de que ser cristiano es seguirle a Él, y que seguirle a Él no es cuestión ante todo de cumplimiento de normas y preceptos; así lo decía san Pablo en la 2ª lectura: *el hombre no se justifica por cumplir la ley, sino por creer en Cristo Jesús.* Debemos caer en la cuenta de que creemos de verdad en Cristo no cuando nos sabemos de memoria los contenidos de la fe, sino cuando le amamos, y entonces le seguimos por amor, y por amor cumplimos sus mandamientos. Y ese seguimiento que realizamos por amor va uniéndonos profundamente, íntimamente con el Señor; una unión que tiene la meta que ha dicho san Pablo: *vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí.* Y esta unión con el Señor afecta a todas las dimensiones de nuestra vida, porque *mientras vivo en esta carne, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí,* y vamos cayendo en la cuenta de muchas cosas de nuestra vida que antes se nos escapaban.

ACTUAR:

Nos debemos contrastar con la Palabra de Dios, porque es Él mismo quien quiere que hoy caigamos en la cuenta de algunas cosas. Si nos fijamos en el rey David: ¿He caído en la cuenta de lo mucho que he recibido del Señor? ¿En algún momento he “despreciado” eso que he recibido, y he hecho lo que a Él le parece mal? Si nos fijamos en el fariseo: ¿Me creo mejor o superior, tengo prejuicios o hablo despectivamente de otros? Si nos fijamos en la mujer pecadora: ¿Con qué actitud me acerco a Jesús en la Eucaristía, en el sacramento de la Reconciliación, en la oración? ¿Qué gestos de amor tengo para con Jesús? ¿Podría Él decir también de mí: *sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor?*

Necesitamos caer en la cuenta de todas estas cosas, y es el mismo Señor quien nos ayuda a ello, porque cuenta con nosotros para que seamos testigos de su misericordia, de su perdón y, sobre todo, de su amor. No seamos “fariseos”; somos pecadores, como esa mujer, pero eso no es obstáculo para que, con nuestras palabras y obras, manifestemos a los demás que amamos de verdad a Cristo Resucitado, y por eso le seguimos, y de este modo hacemos nuestras las palabras de san Pablo: *mientras vivo en esta carne, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí.*